

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 425

25 CTS.



En el mar  
lejano

FOR  
Charles Morton

FilmoTeca  
de Catalunya

EB

DWAN, Allan

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN | Pasaje de la Paz, 10 bis  
ADMINISTRACIÓN | TELÉFONO 18551

Año VIII BARCELONA N.º 425

---

## En el mar lejano

(THE FAR CALL, 1929)  
Emocionante novela.

Interpretada por

CHARLES MORTON y LEILA HYAMNS



Es una producción **FOX**

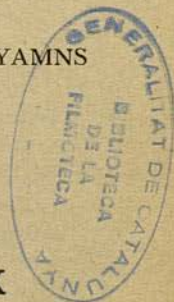
Distribuída por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
MONTAGUE LOVE





---

---

Prohibida la  
reproducción  
Revisado por  
la censura

---

---



## En el mar lejano

*Argumento de la película*

En una tabernucha de Shanghai, junto al muelle, hallábanse reunidos numerosos marinos de todas las razas, aventureros de todos los países, y mujeres del mundo entero... siempre y cuando ese mundo pagase bien .

Allí encontraban los hombres de mar que habían añorado durante la larga travesía las delicias terrenales, el alimento físico que su apetito de mujeriegos reclamaba con imperiosa necesidad. Traían dinero y un ansia infinita de gozar, y gastaban sin que, al parecer, pudiera vaciarse su cartera.

En todas partes se ofrecían sugestivas atracciones a los forasteros, predominando



la nota frívola, y, más que frívola, pornográfica muchas veces, a espaldas de la ley o haciéndole frente con asombrosa desfachatez.

Pablo Loring, un joven de rostro aniñado, pero un hombre en cuanto a constitución física, consecuencia de la bienhechora influencia de una vida al aire libre, ejecutando trabajos de fuerza... como la carga y descarga de contrabando, entró en la tabernucha en cuestión, y su llegada produjo una llamarada de odio en los ojos de un tipo antipático, delgaducho y de torvo mirar, que ocupaba, solo, una mesa inmediata a la entrada.

Ese desagradable sujeto vestía impecablemente un traje blanco y cubríase con un sombrero de finísima paja del mismo Panamá. Era un ruso lleno de misterio, un peligroso buscador de ocasiones de cualquier índole que fuesen; y, por sus maneras y su compostura elegantes, le llamaban todos Nicolás, el londinense; y al llamarle así creían que no se podía decir más en materia de distinción.

Pablo avanzó sonriente hacia una de las mesas del local, sin hacer caso a las "sirenas", que le silbaban los oídos invitándole al amor fácil, y fué a sentarse al lado de un hombrón que apuraba sin testigos una botella de vino.

Pero, retrocediendo al ver a Nicolás, alcanzó a éste, que no se movió de su asiento, y, burlón, le dijo:

—Nos queremos tanto tú y yo, que no podemos alejarnos definitivamente el uno del otro, y veo que sigues tan *dandy* como siempre.

Nicolás le miró con sus ojillos de astuto, y mientras mordía un cigarrillo de su marca favorita, repuso:

—Me desbarataste, adelantándote a mí, el negocio que me proponía hacer la última vez que nos vimos... y no creas que lo he olvidado.

—¡Quién se acuerda ya de eso! Dios sabe que no pude obrar mejor. Sabía que tú me la querías dar a mí... y yo te la di a ti. Eso es todo. Ardides del juego son...

—Todo llega para quien sabe esperar...

—¡Vamos, Colás! A las penas, puñaladas. Hay que saber tomar las cosas con calma. Hoy para mí... Mañana para ti, digo, para mí también...

—Reirá quien ría el último...

—¡A consolarse tocan! ¡Adiós!

Y dejando con su rencor a Nicolás, Pablo acomodóse junto al amigo que dialogaba con el pícaro vinillo.

—¡Hola, Storkersen! — saludó, dándole unos cariñosos golpes en la espalda.

—¡Caramba, Pablo! ¿Qué noticias me re-



servas desde el último viaje? Tú siempre tan optimista. ¿Qué vas a tomar?

—Nada... Cualquier cosa... Un café con leche... un poco cargado...

—Querrás decir un whisky infernal, ¿no?

—Un whisky celestial, amigo. ¿Es posible que en el infierno haya una bebida tan deliciosa? Menuda cola de almas se formaría a las puertas de los dominios de Satán. si éste les prometiera whisky para sobrellevar resignadamente las horas de martirio.

—¿Y qué? ¿Ocurre algo?

—Naturalmente. Como el dinero no llueve del cielo, lo he de buscar de la mejor manera posible... y en la mayor cantidad posible.

—¿Negocio en perspectiva?

—¡Un negociazo! Te necesito a ti y a tu barco.

—No me opongo a servirte. Eres espléndido y nos entendemos perfectamente. ¿De qué se trata?

—Vamos a bordo, y allí hablaremos. No quisiera que alguien se enterase de mi proyecto y tratase de hacerme la competencia. Ya sabes que hasta las paredes tienen orejas.

—Sí, las de los que suelen apostarse detrás de ellas para escuchar sin ser vistos.

Iban a marcharse, pero ocurrió algo insospechado que retardó su deseo.

Ello fué que Nicolás, haciendo una seña a un sujeto que ocupaba una mesa cercana a la suya, hizo acercarse a dicho individuo a la mesa de Pablo, con la orden, dada ya antes, de provocarlo y matarle, de ser posible, en riña.



*El cómplice de Nicolás, convencido de su superioridad física...*

El cómplice de Nicolás, convencido de su superioridad física sobre Pablo, cumplió la indicación recibida, y, sin que mediasen explicaciones de ningún género, dió un manotazo al pacífico joven, para, enardecién-



dolo así, obligarle a levantarse y aceptar batalla.

Storkersen, ante el agravio inferido de obra a su amigo, se aprestó a defenderle; pero Pablo, conteniendo el generoso impulso del marino, hizo frente, solo, con un valor de fiera, al agresor; y sus puños respondieron de tal suerte a su afán, que el bruto asalariado de Nicolás mordió el polvo, completamente fuera de combate.

Al ver a su compañero vencido, los demás ruines arremetieron cobardemente contra Pablo, y Storkersen hubo de intervenir en la lucha, y otros amigos se sumaron en la defensa del forzado joven, originándose una segunda parte de la célebre hazaña de Troya.

Pero el número de los partidarios de Nicolás era superior al de los de Pablo, y, antes de que tuviera que sentir esa maniifiesta desventaja, el temerario joven abandonó, aprovechando la confusión, la tabernucha, siguiéndole Storkersen; pero, antes de desaparecer, detúvose ante el ruso, que se fingía ajeno a las causas de la reyerta, y le dijo, sonriente:

—Mejor suerte la próxima vez, Colás.

—Otra vez será—pareció replicar el venagativo sujeto. Y cuando Pablo no le podía ya ver, masculló una maldición contra el

hombre que él escogiera para escarmentar a aquél en su nombre.

Y lo que más sulfuraba al ruso era la ironía que Pablo empleaba con él.

Día llegaría en que se cumpliría su venganza.



—Mejor suerte la próxima vez, Colás.

\*\*\*

A bordo del barco de Storkersen, al que llegaron indemnes, éste y Pablo hablaban, dejando aparte, como si no les preocupase lo más mínimo, al ruso.



—¿Y bien, Pablo... de qué se trata esta vez?

—Ahora ya te lo puedo decir. Agárrate fuerte. Se trata de focas. ¡Focas!

—¡Focas! ¿Pretendes domarlas para una atracción de circo?

—Nada de bromas, Storkersen. ¡Esas focas van a proporcionarme pieles que valen un millón de duros!

—¡Zambomba! ¡Nada menos que un millón! Pero...

—No se trata de cazarlas, sino de apoderarnos de las existencias de pieles almacenadas en una isla...

—¡Ah! Eso me parece más fácil...

—La cosa no puede serlo más. Si conseguimos llegar, con buena tripulación, a la isla de San Pablo, el negocio es nuestro.

—¡Alto, alto! La empresa tiene su peligro... Yo no quiero que ningún guardacostas yanqui agujeree mi barco.

—Nada tienes que temer. He aquí mis condiciones: el barco asegurado, diez mil duros para ti y mil para cada tripulante, en cualquiera de los casos de éxito o fracaso de mi plan.

—Siendo así...

—¿De acuerdo, pues?

—¡Ni una palabra más! Estoy a tus órdenes.

—Desde esta misma tarde puedes empe-

zar a contratar a la nueva tripulación.

Y aquella misma tarde, como había quedado convenido, el ballenero del capitán Storkersen recibió en su seno a los tripulantes que ayudarían a Pablo a realizar su fabulosa empresa.

Los contratados eran tipos de todas las calañas... desertores... aventureros... parias listos para cualquier cosa a mil pesos por barba.

El capitán Storkersen despachó en regla su documentación y la partida estaba próxima.

De pronto, cuando menos se pensaba en él, llegó a bordo, con un indígena, que le había jurado fidelidad hasta la muerte, Nicolás, el londinense.

Pablo fué, con Storkersen, recto a él, para expulsarlo, no queriendo el menor trato con un enemigo.

—Nadie te llamó aquí, Colás.

—Cierto, Pablo, pero, como somos amigos, he venido.

—Muchas gracias... pero no te necesitamos.

—Ya sabes que no acostumbro obrar sin tener la seguridad de salirme con la mía. En tus manos está tu propia salvación.

—¿Qué quieres darme a entender?

—Seamos prácticos. Se divulgó tu secreto... y me invito a acompañarte. Sabido es



que, los amigos, para las ocasiones. Y aquí me tienes.

—¡No me interesa tu compañía!

—¿No? Bueno, no hay que apurarse... Me limitaré, desde aquí, a telegrafiar a la isla de San Pablo para que te dispensen, al llegar, la más *cordial* bienvenida.

—Comprendo... y debo declararme vencido por tu astucia. Quedas admitido. Abajo hallarás donde acomodarte.

Nicolás sonrió cínicamente apretando entre sus dientes de lobezno un cigarrillo de su marca favorita, y desapareció hacia los camarotes, para ocupar uno individual, como si fuese distinto a todos los demás.

Storkersen, alarmado, reprochó a Pablo el haber admitido a bordo al ruso.

—Estás loco, muchacho. Ese canalla no pretende sino traicionarte.

Pero Pablo le contestó gravemente:

—Estará más seguro donde lo podamos vigilar.

Era verdad. En tierra, Nicolás constituía un grave peligro para la realización de su maravillosa empresa, en tanto que a bordo, como un tripulante más, se le vigilaría estrechamente, impidiendo cualquier intento de traición. Y era muy posible que, arruinado, el ruso se hubiese decidido a acompañar a Pablo a la isla por el precio de mil

duros solamente, echando al olvido, de momento, su sed de venganza.

Y el barco emprendió el rumbo hacia la isla del tesoro, como bajel pirata, pero constando en la documentación que iba a la pesca de la ballena.

\* \* \*

San Pablo es una fuente de inagotable riqueza, un solitario promontorio en el Pacífico, donde millones de focas se congregan durante el verano.

El gobierno estadounidense explota aquella mina, logrando un saneado ingreso con la venta de las pieles de los anfibios.

El ballenero de Storkersen llegó a la altura de la isla al cabo de algunos días de navegación, y, conforme al plan trazado por Pablo, se botó una barca, ocupándola, con Pablo, como jefe, Nicolás, que rehusó quedarse a bordo, y otros cinco hombres.

Dicha barca enfiló su proa hacia la isla, abandonando el ballenero a algunas millas de la misma, y, al llegar a la playa del tesoro, Pablo repitió las indicaciones que sus hombres debían tener en cuenta para evitar cualquier torpeza.



Un poco después, avanzando hacia el poblado, vió Pablo un bulto que tenía forma humana, y gritó:

—¡Oiga!

Pero el indígena, pues era una persona, indiscutiblemente, no contestó.

—¡Oiga usted!—repitió Pablo.

Esta vez el bulto se descubrió, volvióse hacia los piratas, y éstos pudieron comprobar que el que ellos tomaran por un hombre semisalvaje, era una mujer de delicadas facciones.

Pablo, gratamente impresionado, avanzó con sus hombres, y, saludándola, dijo a la mujer, joven y bella, y rubia, por añadidura:

—Somos del ballenero "Jutland"... Nos alejamos del buque durante la niebla... tratando de salvar a un compañero.

La joven se tragó el anzuelo, y, como los creía naufragos, mostróse muy amable con ellos, sobre todo con Pablo, y les contestó:

—Mi padre, el capitán Larsen, es el jefe de aquí. Vengan conmigo.

Los piratas la siguieron, diciéndose todos, en su fuero interno, que la muchacha valía todo el tesoro que pudiera haber en la isla, y, un poco después, llegaban al poblado, donde fueron presentados a los habitantes, en primer lugar al padre de la linda joven.

La acogida que se les tributó no podía ser más cariñosa. Inmediatamente, considerando que debían tener apetito, el capitán Larsen mandó a su cocinero indígena que les preparase abundante comida, y los naufragos se dieron un gran banquete, prometiéndose otros en el breve tiempo que iban a permanecer allí, en espera del momento de dar el golpe.

Pablo empezó a tantear el terreno.

—Sentimos molestar a ustedes, pero es de esperar que un guardacostas pasará de un momento a otro por aquí y nos llevará a Nome.

Y los ojos de los corsarios brillaron de alegría al oír la siguiente respuesta del capitán Larsen:

—No pasará ninguno en todo el verano, si no lo llamamos por telegrafía inalámbrica.

—Entonces — prosiguió Pablo—, ¿tendrán la bondad de permitir avisar a nuestro buque para que venga por nosotros?

—Con mucho gusto.

Todo salía a pedir de boca. No pasaría ningún guardacostas y, con el pretexto de que el ballenero los recogiera cursándole el aviso por radiograma, los piratas podrían preparar concienzudamente el negocio en la isla rodeados de las mayores atenciones de sus habitantes.



El jefe de los indios Aleut, de la isla, juraba y perjuraba que había visto un fantasma entre los *náufragos*, y el cocinero, sorprendido por las palabras del venerable indígena, no paró hasta que pudo encontrar a solas a Pablo; y, lo más hábilmente que pudo, le sometió a un extraño interrogatorio:

—¿Cómo te llamas?

—Pablo.

—¿Quién era tu padre?

—El capitán David Loring.

—¿Es la primera vez que vienes a San Pablo?

—Sí... por pura casualidad, como ya sabes... Pero, ¿por qué me lo preguntas?

—Por nada... por curiosidad...

Nicolás no dejaba a sol ni a sombra a Pablo. Al verle charlando con el cocinero le interrumpió para recordarle que debía mandar el radiograma al "Jutland", a fin de activar el "trabajo".

La hija del capitán Larsen se cruzó en aquellos momentos en el camino de Pablo, y éste, complacido de su presencia, se detuvo a dirigirle lisonjeras frases.

—Jamás pensé encontrar una joven como usted aquí... ni en ninguna parte.

—¡Oh! ¡Con las mujeres que habrá usted visto por esos mundos, navegando siempre!

—Le aseguro que es usted mucho más bonita que todas las demás.

Nicolás, para hacerle la vida imposible, y, además, en aquellos instantes, por celos, pasó junto a Pablo, para recordarle el radiograma.

Hilda, así llamada la hija del capitán Larsen, acompañó a Pablo a la estación telegráfica, y el pirata cursó el siguiente mensaje a Storkersen:

*Recójenos en la isla San Pablo. No se espera guardacostas este verano.—Loring.*

Pronto, muy pronto, el anhelado negocio sería una realidad.

\*\*\*

El complot de Pablo prometía tener éxito. La isla estaba sin guarnición, completamente confiada, los almacenes estaban repletos y había focas a millares.

Hilda y Pablo, atraídos por el imán de su juventud y de su mutua simpatía, veíanse frecuentemente, aislándose de todos.

Cierta tarde, sentados en una roca, contemplaban, desde lejos, el manto negro que ponían sobre el agua y las rocas las legiones de focas.

—Parece increíble que haya tantas—opinó Pablo, fingiendo admirablemente.



—Tenemos un millón ya—respondió orgullosa de ello, Hilda.

Pablo la miró con sorpresa y preguntóle:

—¿Por qué dice *tenemos*?

—Porque son nuestras... de los Estados Unidos.

—¿Cómo?

—Sí, de los Estados Unidos, de nuestra patria.

—Son del mar... Los Estados Unidos no tienen derecho a ellas, a no ser el derecho de la fuerza.

—Son tuyas... Siempre ha sido así.

—No es justo, pero, en fin... la fuerza es la fuerza y boca abajo todo el mundo.

—¿Observa algo raro en esas rocas?

—No sé...

—Están gastadas por el roce de la piel de las focas durante miles de años.

—Es curioso...

—Todos los veranos, desde el principio de la creación, han estado viniendo a esta isla...

—No está mal... pero no me extraña. ¡Tratan ustedes tan exquisitamente a los forasteros!

—No hay modo de hacerlas ir a ninguna otra parte. Mientras quede una viva, regresará a la isla de su nacimiento.

Pablo suspiró, emocionado por las palabras de Hilda:

—¡Tienen hogar! ¡Dichosas ellas! Pensé que pertenecían al anchuroso mar... lo mismo que yo.

—¿No tiene usted un puerto donde pueda decir que esté su hogar?

—No. Desde que tengo uso de razón he sido como un barco sin ancla que va a la ventura.

—Le compadezco a usted, entonces. ¡Es tan bello tener un nido!

—Sí, pero a mí me ha sido negada esta dicha. Sin embargo, vivo feliz en mi mar, en mi amado ballenero. Es mi sino y debo contentarme con él.

Regresaron al poblado y, a su paso, la gente del lugar hacía favorables comentarios a la buena pareja que ambos formaban.

Cuando Pablo se reunió con sus hombres en la vivienda que les destinaron, les informó de la llegada del "Jutland" anunciada para aquella noche, y preguntó:

—¿Estáis dispuestos a dar el golpe?

Todos asintieron. ¡Con lo que estaban deseando cobrar los mil duros de gratificación!

—Puedo arreglar la lancha del gobierno de modo que no preste servicio alguno—añadió uno de los vándalos.

Y otro:

—Me hallo dispuesto a apoderarme de la



estación inalámbrica... Conozco perfectamente el mecanismo.

Y Nicolás, mordiendo uno de sus inseparables cigarrillos emboquillados:

—El arsenal es mío en cualquier momento.

Pero añadió, fija la mirada en la de Pablo, retándole:

—Siempre fué prerrogativa de piratas el buscar una perla para divertirse con ella... Nuestros amigos han buscado las tuyas entre las indígenas... Y la perla blanca, esa primorosa Hilda, será para mí.

Pablo comprendió la intención del miserable y, perdiendo la calma, volviéndose el joven temerario de siempre, cogió al ruso por las solapas de su chaqueta y, zarandeándole con energía, le advirtió, flotando en su mirada la cólera:

—¡Si te atreves a tocarle siquiera un solo cabello, te mato!

El ruso no creyó prudente contestar a la indignación de Pablo, y cuando éste lo soltó, echóse a reír siniestramente. ¡Ah, Pablo Loring, de él no se burlaba nadie!

\*\*\*

Hilda se había enterado de ciertas cosas que llenaron su corazón de felicidad.



—¡Si te atreves atacarle siquiera un solo cabello, te mato!

Aceptando una invitación suya, Pablo fué con ella a una linda casita del pueblo, convertida en una especie de museo desde hacía muchos años.

Al llegar a la puerta de la citada casa, Pablo leyó el nombre del que fuera el jefe



de sus habitantes, y como ese nombre no le recordaba nada, absolutamente nada, Hilda le dijo:

—Así se llamaba el hombre más noble de cuantos han venido a esta isla.

Entraron en la casa. Pablo iba contemplando todo lo que se ofrecía a sus ojos, y sentíase turbado, sin explicarse la causa.

Hilda le observaba con el rabillo del ojo, atenta a sus menores movimientos.

De pronto, Pablo hizo un gesto con el que expresaba claramente que su turbación tenía un fundamento sólido, y la gentil acompañante, llena de ilusión, inquirió:

—¿Qué le pasa?

—Me parece conocer este lugar... como si hubiera estado aquí antes.

Hilda sonrió y dejó caer estas palabras:

—Quizás haya estado.

—¿Cómo?

—Venga usted... Este es el Diario de la isla de San Pablo. Quizá en él encuentre usted algo interesante...

Y la adorable joven abrió el libro a las páginas que Pablo debía leer.

Y Pablo, no sospechando que Hilda sabía tantas cosas, leyó los dos apuntes siguientes:

*20 de octubre de 1907.*

*El capitán Webber y su esposa perdidos*

*en alta mar. Ahogados durante una tormenta.*

*Dejan un hijito de cinco años, Pablo Webber.*

—  
14 de marzo de 1908

*Pablo Webber enviado a los Estados Unidos para ser educado. Mandado a su prima al cuidado del capitán Loring, del ballenero "Cazador".*

—¡El capitán Loring... era mi padre!—  
aseguró Pablo.

—No. ¡Su padre fué el capitán Webber!

—¡El capitán Webber!

—Sí, no le quepa la menor duda. Cuando el jefe de los indios y algunos de éstos mismos lo vieron a usted por vez primera, creyeron que su amigo el capitán Webber, había regresado de la tumba.

—¿Es posible? ¡Oh, sí! Recuerdo... recuerdo todo esto... Esa cabeza de foca trae a mi espíritu una escena con mis padres... y si aquí no vivió el capitán Loring, no era éste mi padre, sino el capitán Webber.

Y Pablo revivió una escena de su infancia.

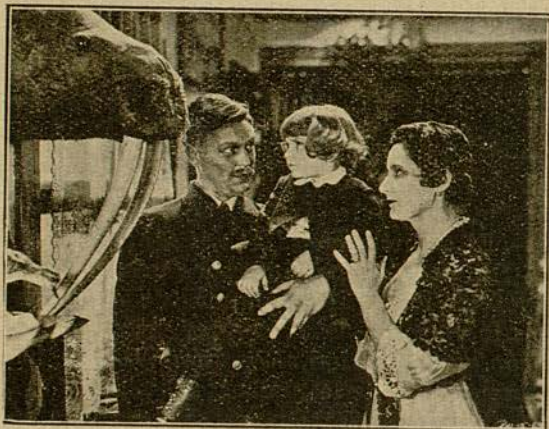
—El cocinero Wing lo reconoció a usted en seguida, porque él lo cuidó durante su infancia.

—Pero, ¿y el capitán Loring? ¿Cómo se explica que yo lleve su nombre?



—El capitán Loring jamás lo llevó a los Estados Unidos. Lo retuvo como hijo suyo.

Una oleada de bienestar, de inefable ventura, envolvía a Pablo. Todo lo de aquella casa le recordaba su niñez, llena de ternura y la nobleza de su padre.



*Y Pablo revivió una excena de su infancia.*

Sentía un remordimiento atroz por haberse apartado del buen camino, y se decía que no podría llevar a cabo su criminal intento de abusar de la confianza que aquellas gentes habían depositado en él.

Hilda, cariñosamente, íbase filtrando más y más en su corazón:

—Usted oyó la llamada del hogar, como las focas... y regresó.

—Sí, Hilda... Fué la fuerza del sino la que me empujó aquí, a su lado...

Iba a añadir: "Para rehabilitarme con su pureza y con el ejemplo de mi padre", pero se contuvo. Estaba avergonzado, y sólo deseaba informar al punto a sus hombres de la resolución que acababa de tomar.

El "Jutland" se acercaba a la isla, respondiendo al llamamiento de Pablo, y la tripulación, ávida de emociones, fueran del género que fueren, hablaba de mujeres.

—Ojalá que haya mujeres guapas en esa isla.

—Sí, pero quizá Loring no permita desmanes.

—Y quizá nosotros no le hagamos caso a Loring.

No tardarían en llegar, y, a la primera señal, desembarcarían, para apoderarse de las pieles.

¡Cuán ajenos estaban a lo que pasaba en el alma de Pablo!

Los hombres que le habían acompañado creyeron, al verle regresar aquella noche, que iba a decirles que darían el golpe al amanecer, avisando a los del "Jutland" para que fuesen desembarcando durante la no-



che, llegando a la playa en barca; pero Pablo, no ocultando su preocupación, les dijo:

—Mañana nos vamos para el barco. Cada uno de vosotros recibirá sus mil duros.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? — preguntó Nicolás.

—¡No damos el golpe!

—¡Qué tontería! ¡Claro que lo daremos! —exclamó resueltamente el ruso.

—¡Ya me habéis oído! ¡He dicho que no!

Pero el ruso supo animar a sus compañeros a levantarse contra Pablo, y quedó convenido que, a cambio de partirse los beneficios, los piratas, sin jefe, darían el golpe fuese como fuese, es decir, apelando a todos los medios. ¡Por cincuenta mil duros podía jugarse uno gustosamente la vida!

¿Qué haría Pablo ante el atropello que pensaban cometer sus hombres, a pesar de estar él dispuesto a abonarles lo que les prometiera?

\* \* \*

Hallábase Hilda en su casa, cosiendo ropa, cuando alguien llamó discretamente a la puerta de su habitación.

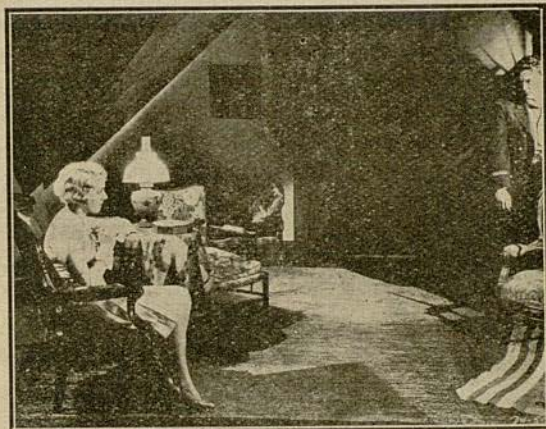
—¡Adelante!—gritó, sin moverse.

Era Pablo. Pero un Pablo distinto al que unos días antes saltó de la lancha a la playa de San Pablo.

—Pase... pase, Pablo...

—No... no pude menos de venir a verla... Hilda...

—Muchas gracias... Ya sabe usted que su presencia me es muy grata...



—Pase... pase, Pablo...

—Yo... yo quisiera... es decir... usted me dijo hace poco que el capitán Webber era el prototipo de la nobleza y la honorabilidad...

—Sí, el mejor humano que vivió en esta isla.

—¡Pues, entonces, he de hacerle una confesión que me quema el pecho!



—Serérese, Pablo...

—¡Soy indigno de llamarme Webber!  
¡Vine aquí a destruir lo que mi padre edificó!

—¿Qué dice usted?

Mientras Pablo abría su doloroso corazón a Hilda, el ruso Nicolás y los demás piratas que se hallaban en la isla, botaban una barca y se dirigían hacia el barco, que acababa de fondear cerca de la playa.

Al verles saltar a bordo, el capitán Storkersen se extrañó de ello y les dijo:

—¿Qué pasa, Nicolás?... ¿Por qué dió contraorden Loring? ¿Hay guardacostas a la vista?

—Nada de eso. Pero no vamos a abandonar la empresa. La isla está sin guarnición... y es la cosa más fácil del mundo...

—Bueno... pero...

—Pablo Loring se apocó por causa de una muchacha...

El capitán Storkersen reflexionó breves momentos y, luego, comentó, conciliador:

—No olvidéis que Pablo tiene derecho a dar la contraorden... El es quien nos paga.

Una voz se desmandó insolentemente: la del ruso.

—A Nicolás, el londinense, no le paga nadie... Aquí mando yo y vamos a dar el golpe ¡esta noche!

El capitán trató de oponerse, pero la jau-

ría hambrienta se arrojó sobre él y lo mató.

Pablo, ignorante del terrible e inminente peligro que se cernía sobre él, Hilda y todos los habitantes de la isla, continuaba hablando de sus culpas a la adorable y adorada mujer y terminó su confesión, diciéndole, temblándole la voz:

—¿Qué haría usted, Hilda, si algún día yo regresara... completamente regenerado?

Ella se llevó la mano al corazón y contestó sin vacilar:

—¡No quiero volver a ver a Pablo Loring en la vida!

—¡Oh, Hilda!

—Pero Pablo Webber me hallará siempre esperándole.

Un grito de júbilo escapó del pecho del afligido Pablo, que se creyó, con la esperanza del amor de Hilda, un dios invencible.

Pero Nicolás se había propuesto vengarse cumplidamente de él, y, a la cabeza de sus hombres, asaltó el pueblo, apresando sin la menor consideración a Pablo, así como a sus adeptos, llevándolos a todos al calabozo común, donde ya se hallaba, trasladado del barco, el capitán Storkersen.

La victoria sería de los piratas, porque la gente del pueblo, atemorizada por el nú-



mero de los salvajes, se rendía sin resistencia.

Hilda encerróse en su casa, donde el ruso la dejara para ir a reunirse luego con ella, y Pablo sufría horrorosamente en su encierro, pensando en la horrible traición que se cometía con aquella buena gente.

El ruso trató de ganarse la simpatía de los indios, para que le ayudasen en la empresa, pero el jefe negóse rotundamente a prestarle un solo hombre, porque eran piratas, y Nicolás, para castigarle, le disparó un tiro y lo dejó sin vida.

Enardecidos por este crimen, los indios se levantaron en armas contra los piratas, y pronto dieron cuenta de ellos.

Por su parte, Pablo y el capitán Storkersen, libertados por la astucia del cocinero indígena, tomaron parte activa en la lucha, y el primero, acudiendo a salvar a Hilda que estaba a punto de caer bajo la ominosa garra del ruso, atravesó el corazón de éste de un certero balazo.

Y, luego, renacida la calma, evitado el robo y castigados los malvados, Pablo, que se había regenerado salvando el tesoro de la isla, recibió como premio, además del perdón de todos por su conducta anterior, la promesa de casarse en breve, muy en bre-

ve, para no moverse jamás de allí, con Hilda, la hermosa criatura de alma de oro.

Y lo que parecía un sueño imposible, fué esplendorosa realidad.

F I N

**VIERNES**

en las selectas

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

**EL DESPERTAR**

por VILMA BANKY

NO SE OLVIDE DE

**La Novela del Chofer 30 cts.**

La mejor publicación de novelas modernas

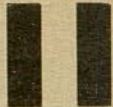
Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

**La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.**

Le interesa  
30 cts.

**La Novela de la Modistilla**





PIDA EN CUALQUIER QUIOSCO:

## Plastic Films

Beldades de la pantalla en «poses» de arte

CADA FOTOGRAFIA, UN CUADRO

Precio: 1 PESETA

---

Mañana:

## La Novela Frívola Cinematográfica

Regalo de Artísticas fotografías

---

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

